



Memoria de desplazamientos forzados: mujeres, naturaleza y violencia en narrativa de desarraigos desde y hacia España y Argentina¹

Memory of Forced Displacement: Women, Nature and Violence in Narratives of Uprooting from and to Spain and Argentina

Mariela Sánchez

Universidad Nacional de La Plata (UNLP), La Plata, Provincia de Buenos Aires/ Argentina
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Buenos Aires/
Argentina

msanchez@fahce.unlp.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0002-7960-6261>

Resumen: Existe una narrativa realizada desde el siglo XXI en torno a las experiencias de mujeres que han debido trasladarse de un país a otro por contextos de violencia estatal tanto en España como en Argentina durante el siglo XX. Este trabajo se aboca a analizar cuatro conjunciones entre naturaleza y desarraigo en las que subyace o tras las que sobreviene un desplazamiento forzado. El corpus está constituido por los siguientes textos literarios: *Marinka, una rusa niña vasca*, de Rodolfo Luna Almeida, *Solo queda saltar*, de María Rosa Lojo, *Estuvimos cantando*, de María García Campelo y, dentro del volumen *Transterradas*.

¹ Este trabajo forma parte de una línea de investigación en curso sobre elaboraciones literarias acerca de desplazamientos forzosos de mujeres españolas hacia Argentina durante el siglo XX. Se inscribe en mi trabajo en el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y en los siguientes proyectos: “Memoria de migración, experiencia bélica y exilio. España y Argentina: representaciones literarias de y sobre mujeres en contextos de guerra, dictadura y destierro durante el siglo XX” (PID H-897 de la UNLP, dirigido por mí, con la codirección de Virginia Bonatto) y “Memory Novels LAB: Laboratorio Digital de Novelas sobre Memoria Histórica Española”, referencia GV/2021/183, subvencionado por la Generalitat Valenciana, dirigido por Luz C. Souto. Esta línea tiene vinculación, asimismo, con dos proyectos dirigidos por Raquel Macchiuci en torno al eje “Diálogos transatlánticos. España y Argentina: campo editorial, literatura, cultura, memoria” de la Universidad Nacional de La Plata y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria, relatos de “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”, de Marisa González de Oleaga.

Palabras clave: guerra civil; dictaduras; Rodolfo Luna Almeida; María Rosa Lojo; María García Campelo; Marisa González de Oleaga.

Abstract: There is a narrative developed since the 21st century about experiences of women who have had to move from one country to another due to contexts of state violence both in Spain and Argentina during the 20th century. This work is focused on the analysis of four conjunctions between nature and uprooting in which a forced displacement underlies or takes place. The corpus is constituted by the following literary texts: *Marinka, una rusa niña vasca*, by Rodolfo Luna Almeida, *Solo queda saltar*, by María Rosa Lojo, *Estuvimos cantando*, by María García Campelo and, within the volume *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*, stories from “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”, by Marisa González de Oleaga.

Keywords: civil war; dictatorships; Rodolfo Luna Almeida; María Rosa Lojo; María García Campelo; Marisa González de Oleaga.

Nombrar el desarraigo

Existe una narrativa realizada desde el siglo XXI en torno a las experiencias de mujeres que han sufrido desplazamientos forzados por contextos de violencia de Estado tanto en España como en Argentina durante el siglo XX: por el lado español, por consecuencias de la Guerra Civil (1936–1939) y el franquismo (1939–1975), así como por corolarios familiares, sociales y económicos de esos períodos; por el lado del país austral, a causa de la última dictadura cívico-militar argentina (1976–1983).

Los conceptos empleados para nombrar y analizar situaciones de necesidad de abandono de la tierra natal (migración, exilio, diáspora, expatriación, destierro, entre otros) han atravesado transformaciones y reformulaciones, e invitan a menudo a que se los repiense. La inestabilidad de un cambio semejante y la multiplicidad de variables que afectan a los sujetos en tales circunstancias tornan difícil una designación acabada, completa, definitiva. La vulnerabilidad de un traslado imperioso, el cambio de casa, paisaje, personas conocidas, país y continente se profundiza cuando no se terminan de comprender los motivos. La infancia y la adolescencia son momentos especialmente sensibles a la experimentación del desarraigo. La pervivencia de determinadas expectativas de género, largamente establecidas

en modelos de familia y sociedad que relegaron a las mujeres a ciertos roles y a la exigencia de cumplir con estándares de comportamiento, es otro factor que intensifica la problemática de base, la de tener que marcharse de un lugar de reconocimiento y pertenencia.

Si nos atenemos a los estudios históricos, suele preferirse el término “migración” para los casos de desplazamientos por motivos socioeconómicos, mientras que se reserva por lo general el término “exilio” para desplazamientos por motivos políticos, en los cuales además está a veces el agravante inapelable de que la vida corre peligro, ya sea por algún tipo de amenaza directa, ya sea por el hecho de figurar en listas que suponen un riesgo a corto plazo. Es viable incluso hablar de “destierro” si existe una orden explícita. El concepto de “expatriación” es pasible de ser ubicado en la misma línea. Las “migraciones” quedan en un vasto conjunto que parece no *gozar* de la pátina de prestigio que sí tendría el exilio, siempre más cerca de una impronta intelectual o artística.

Es preciso, sin embargo, poner en cuestión la claridad de límites de sendos dominios. Hasta cierto punto, los desplazamientos socioeconómicos son muchas veces también forzados por consecuencias de circunstancias políticas, así como por la búsqueda de libertades y de un ámbito más propicio para las familias. Por su parte, si el exilio se asocia más con la idea de lo forzado, lo impuesto por la falta o por la poca conveniencia de otra alternativa, ¿cómo no contemplar dentro de su órbita a quienes, por su corta edad, no han tenido decisión de peso y han debido someterse a la determinación de sus mayores?

En la línea de cuestionamiento de categorías tradicionales, Bárbara Ortuño Martínez (2016, p. 69) señala justamente una verdad que atañe a las franjas etarias y períodos históricos primordiales para nuestro enfoque:

[L]a nueva emigración de posguerra [...], pese a que tradicionalmente fue relacionada con motivos en exclusiva económicos, llegó a albergar en su seno tanto a los exiliados republicanos “tardíos” [...] como a personas simpatizantes de las ideas de izquierda, para quienes, a pesar de no haber tenido una actuación política o intelectual destacada, la posguerra fue incluso peor que la guerra. Pero también a quienes, más allá de apoyar la dictadura instaurada tras el fallido golpe de estado de 1936, deseaban progresar en términos económicos, así como a un gran número de niños, jóvenes y adolescentes que no tuvieron la posibilidad de elegir y simplemente se vieron embarcados en un proyecto familiar.

La propia Bárbara Ortuño Martínez clarifica, a su vez, la diversidad de factores intervinientes en los desplazamientos. Una parte de su trabajo, apoyado en fuentes orales, muestra la complejidad de motivaciones no excluyentes entre sí y contribuye a descartar la compartimentación de etiquetas inamovibles.

Con respecto a la emigración española de posguerra, a pesar de que se ha tendido a relacionar el último ciclo migratorio a Argentina con motivos puramente económicos, es lógico pensar que bajo un régimen dictatorial existieron diversos factores que provocaron los movimientos poblacionales. Los testimonios de quienes emigraron durante ese periodo corroboran que a las causas económicas se sumaron otras de tipo psicológico, político y social derivadas en su mayor parte de las consecuencias de la Guerra Civil y de la implantación de la dictadura franquista. (ORTUÑO MARTÍNEZ, 2012, p. 352)

El presente trabajo se abocará a analizar cuatro conjunciones entre naturaleza y desarraigo en las que subyace un contexto de violencia estatal en el país de origen que trajo como consecuencia un desplazamiento forzado pues no hubo posibilidad de elegir. Como es factible advertir en estas consideraciones iniciales que delinear el objeto de estudio, se optará por el concepto de “desplazamiento forzado” como el más apropiado para dar cuenta de una situación que condensa diversas variables que atañen a la decisión de una inminente partida del país de origen: política y contexto socioeconómico no están tan divorciados e imprimen mecanismos de violencia en la configuración de la memoria de las infancias signadas por esos desplazamientos. El espectro de experiencias de mujeres desplazadas irá desde los bombardeos durante la Guerra Civil en el País Vasco – que ponían en peligro la vida de una de las protagonistas de los textos que serán tenidos en consideración, por entonces una niña pequeña –, hasta el golpe militar de 1976 en Argentina, con la consecuencia de un desplazamiento de una adolescente de 15 años cuya familia, trasladada originariamente desde España, opta por retornar por temor a la represión que los padres ven venir, agitados los fantasmas de sus propias memorias².

² Cabe aclarar que el desarrollo del presente análisis se centra en una indagación en los textos literarios que no demanda una aplicación conceptual y un despliegue bibliográfico copioso. La extensa y ya clásica tradición de estudios sobre la memoria del pasado traumático, la memoria colectiva y la memoria cultural puede ser, sin dudas, invocada (Bergson, Halbwachs, LaCapra, Nora, Ricoeur), pero la triple convergencia de memoria de

La fuga hacia la naturaleza como paliativo de la violencia del pasado reciente. *Locus amoenus* frente a trauma

Habiendo debido expatriarse durante la Guerra Civil española, cuando los bombardeos amenazaban y devastaban la integridad física de los habitantes del País Vasco y se ensañaban especialmente con los niños, Marina González de Apodaca fue una de las tantas niñas evacuadas y refugiadas en la entonces Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. En la novela *Marinka, una rusa niña vasca*, del argentino Rodolfo Luna Almeida, hay diferentes instancias de desplazamiento hasta que finalmente sobreviene el arribo de Marina a Argentina, concretamente a la localidad de Villa Elisa, cercana a la ciudad de La Plata, desde donde se articula la memoria recapitulada por el periodista R. Luna Almeida al acercarse al testimonio de su vecina. En la conjunción entre naturaleza y memoria de desarraigo, con la antesala y el trasfondo siempre latente de la violencia de los ataques aéreos sobre la población civil, la naturaleza juega el rol de constituir una suerte de *locus amoenus*.

La llegada a ese espacio *otro*, que le dará cobijo a su infancia, evidencia el contraste entre la violencia perpetrada por los hombres y la bienvenida de un horizonte de buenos tratos y, al menos en los primeros tiempos, abundancia. Frente a las violencias del hambre, la estrechez y el peligro que la niña había vivenciado en España, y frente a la protección en los refugios bajo tierra para estar a salvo de los bombardeos, la nueva geografía ofrece amplitud, apertura y variedad. Cabe recordar que la Guerra Civil española supuso una lamentable y trágica innovación en materia de acciones bélicas, como por ejemplo el bombardeo sobre población civil, la guerra entrando en las ciudades e invadiendo todos los espacios de pertenencia. A partir de ese tipo de ataques, lejos de haber un escenario claramente delimitado, la omnipresencia de la amenaza hace que ningún lugar sea seguro, ni siquiera el hogar o la escuela. La naturaleza de un nuevo y promisorio ámbito, pese a ser desconocida, aplaca el miedo y presenta otro panorama. La orfandad

mujeres desplazadas, naturaleza y violencia demanda una metodología de análisis textual no dependiente, al menos para este abordaje, de otras apoyaturas respaldatorias que justifiquen un largo listado de referencias. Se podrá observar, además, que la última textualidad trabajada en el artículo despliega en el devenir del propio relato una conceptualización que teoriza sobre las problemáticas que narra.

por parte de madre y el hecho de extrañar a su padre – a quien no verá nunca más –, a su tía y a su hermano, a quienes reencontrará muchos años después, son paliadas en parte por esa naturaleza circundante a la que arriba Marina. Nótese que incluso se emplea un verbo del ámbito de la salud, curar. El entorno natural hace creer que algún tipo de reparación es posible:

El peñón destaca su desnudez de roca por sobre bosques de pinos, cedros, robles y cipreses que descienden al Mar Negro entre acantilados y playas de arena blanca. *El aire allí cura toda destemplanza*, el cielo encandila la mirada y evapora cualquier melancolía. La URSS reserva lo mejor para los hijos de España. Allí repondrán fuerzas durante las vacaciones estivales, antes de ser destinados a las dos Casas de Odesa. (LUNA ALMEIDA, 2017, p. 55, el subrayado es nuestro)

Ahora bien, la voluptuosidad de la naturaleza y lo saludable de esos nuevos aires, junto con la abundancia de comida que garantiza una nutrición poco tiempo atrás inexistente, vuelven más notorio el vacío y la carencia afectiva. La naturaleza y el alimento ostentan parcialmente la capacidad de minimizar los males de ese pasado inmediato. Por momentos incluso ocurre que la abundancia intensifica el señalamiento de lo que no está y caer en la cuenta de esas faltas elementales es aún más fuerte.

Se abre para Marina un tiempo dentro de otro mundo en el que no existen los obuses ni falta la comida. Le falta la familia. Y eso lo lleva pegado a las tripas como hasta ayer llevaba adherido el hambre. (LUNA ALMEIDA, 2017, p. 55)

Entonces, a pesar de un mundo en el cual todo se ofrece como recursos a disposición, la memoria del pasado traumático, sin dejar de reconocer ese rescate, actualiza un eterno retorno de lo ausente. La naturaleza de la tierra de acogida pasa a ser lugar de escape al cual recurrir para tratar de vivenciar momentos semejantes a los de la tierra propia. Escaparse de los espacios cerrados, cómodos y protectores de la entonces URSS funciona en la memoria de esa infancia actualizada en el relato como reconfiguración del ámbito de reconocimiento y pertenencia que se ha perdido. La desobediencia conduce a la protagonista y a una amiga española, otra niña refugiada, a gozar aunque sea de modo efímero de esa naturaleza generosa que suplanta provisoriamente el sello indeleble de la violencia. Más que los juegos reglados y la cuidadosa disciplina, lo que se disfruta es inundar los sentidos, paladear el dulce de los frutos de los árboles, mancharse con el jugo de esos placeres prohibidos.

De lejos, entre las plantaciones de pepinos que tanto le gustan a Luisa, las fugitivas escuchan el toque que anuncia el desayuno. Corren bajo las hileras de manzanos, higueras, ciruelos, perales y cerezos, abrazando las blusas repletas de fruta y dejan un reguero de risas y de higos. Llegan a la fila a tiempo para colarse sin ser descubiertas, pero no consiguen pasar de la puerta. Las educadoras que reciben a los niños en el comedor las hacen desprenderse de su dulce contrabando y las mandan a lavarse. — Aquí no precisan salir a robar la comida – las reprende el director Kriviski, traductor mediante – [...] (LUNA ALMEIDA, 2017, p. 66)

Las sanciones no son severas, pero exponen una fricción entre las disposiciones institucionales y el deseo lúdico de esta catarsis tendiente a reemplazar o silenciar las pérdidas.

El fruto de la tierra vuelve a presentarse cuando el grupo de pares de Marina en tanto niña refugiada en la ex URSS – cuyo nombre más adelante devendrá *Marinka*, como la llamarán en ruso, otra muestra de inestabilidad y cambios esenciales, incluso de identidad – es un elemento en común. En la naturaleza y por medio de un producto alimenticio en realidad *traído* de América, si bien pasó a constituir parte de la dieta diaria de los españoles, la memoria de la infancia en desplazamiento forzado se liga a un ritual colectivo. Otra huida a la naturaleza, otro parche para los sufrimientos de la ausencia y la distancia a través de la huida, el hurto y el alimento en plena naturaleza:

A veces se escapa con Luisa y otros compañeros luego de robar papas de la despensa. Tienen su rincón oculto bajo los pinos donde arman un fogón y cocinan las papas en largos pinches improvisados con ramas. Ahí, entre los fuegos artificiales de las chispas que celebran su ceremonia secreta, cierran los ojos, llevan a la boca esas maravillas asadas y España los invade desde el paladar al recuerdo. (LUNA ALMEIDA, 2017, p. 70-71)

Sin renegar de la comodidad brindada por la condición de niña refugiada, la memoria del desplazamiento pone en valor esa intemperie escogida. Como una meta-memoria, una memoria de la memoria, el texto narrativo que surge de entrevistas orales entre el autor, Rodolfo Luna Almeida, y Marina González de Apodaca ya en una edad avanzada, se detiene en los mecanismos empleados en esa infancia para conjurar la huella implacable de la violencia recientemente experimentada. Un rincón en la naturaleza, la cocción elemental del fuego directo y el alimento que proviene de la tierra favorecen esa transportación.

Otros lugares esquinados son los espacios de ocultamiento, como lo eran los refugios de las bombas en España y como lo van a ser las trincheras que defiendan, unos años después de esa infancia desterrada, a la joven Marina durante la Segunda Guerra Mundial. De todos modos, esta otra inmersión en la tierra no es escogida. Se impondrá por el peligro radical e inminente de la violencia extrema de bombas o ataques directos. Es por eso que la joven, en alguna ocasión en la que salva por fortuna su vida, se sentirá “[s]alida de la trinchera como salida del útero” (LUNA ALMEIDA, 2017, p. 93). De hecho, su iniciación sexual se produce de manera intempestiva tras la salida de una situación de peligro, al encontrarse con el joven que la atraía y comprobar ambos mutuamente que han sobrevivido a un ataque aéreo. El sexo de esos cuerpos tan indefensos bajo las bombas se impone como triunfo del despertar del deseo natural que contraviene el entorno de violencia descarnada.

Pero naturaleza, sexo y guerra pueden también aparecer combinados, en un ejercicio de narrativa de la memoria del pasado traumático, en una potenciación que subraya el desamparo y la desprotección de las mujeres a expensas del avasallamiento de una fuerza física mayor.

Naturaleza hostil y violencia sexual. Una huida imposible y el retorno del trauma

En *Solo queda saltar*, de María Rosa Lojo, hay un episodio fundamental cuyo desenlace es postergado para los lectores, narrado en dosis de confusos pasajes en los que imperan una naturaleza opresiva y una evidente violencia. Se trata de la ficcionalización de una situación frecuente durante la Guerra Civil española y por desgracia reeditada en otras guerras: el sometimiento de mujeres a persecución y violencia física que en ocasiones terminaba en una violación. La revelación de que la prima de una de las narradoras-protagonistas fue sometida a un ataque sexual en el que los atacantes aprovecharon el contexto de la Guerra Civil se revela después de que mediante una tipografía diferente (letra itálica), reservada para el plano onírico, se cuente en un avance parcial y gradual el hecho en diversas ocasiones. Ese plano onírico tiene una impronta de contundente pesadilla y la naturaleza posee un rol importante en el devenir del mal sueño. La naturaleza reduplica la amenaza, se manifiesta en dificultades de avance y cerrazón de escapatorias. El camino de huida de las mujeres que quieren evitar el ataque de los hombres se lleva a cabo en un plano inclinado y hacia

arriba, lo cual además subraya simbólicamente la condición de la escena, *cuesta arriba*. La flor del tojo (o toxo), característica de Galicia, se yergue hostil y suma obstáculos a la huida:

Escapo cuesta arriba, por el camino empinado que lleva a la finca de Meirelles. La noche sube conmigo, tapándome de sombra. Las espinas del tojo me azotan las pantorrillas. Desde que Meirelles se ha hecho tan viejo y casi todos los hijos están muertos o presos, nadie corta ya esos arbustos de flor dorada.

Pero no me duelen las espinas, sino el miedo. (LOJO, 2018, p. 9, subrayado de la autora)

Lejos de la asociación de la flor de tojo a las orillas de los caminos gallegos como algo pintoresco o de ensoñación telúrica, el estado en el que se encuentran los arbustos arroja una información que agrava el desamparo: no hay quien cuide ya esos arbustos, así como tampoco hay ya quien pueda proteger a las jóvenes que están huyendo. La represión en Galicia fue tan feroz e inmediata en los comienzos de la sublevación contra el gobierno de la II República, tras el cual sobrevino la Guerra Civil, que prácticamente no hubo frente de guerra. El verbo *azotar*, por más que esté referido a una sola parte del cuerpo, las pantorrillas, se enfoca en las extremidades que permitirían el avance, lo ralentiza. A su vez, en la tradición cristiana la alusión a *azotes* y a *azotar* remite de inmediato a los azotes sufridos por Cristo. 39 azotes, por cierto, cifra que tiende un guiño a 1939, el año considerado como final de la Guerra Civil, el del inicio de la extensa dictadura franquista. Al escoger el concepto de *azote* para explicitar los golpes de las flores de tojo se patentiza la posición de víctimas de Celia (una de las ya aludidas narradoras-protagonistas) y su prima Eulalia. No es menor el detalle de que el nombre de Celia proviene etimológicamente de *cielo* y, pese a que su memoria esté actualizando este infierno, encarna lo celestial. Será, de hecho, quien proteja y cubra a su hermana menor, Isolina, cuando marchen a América. Sin embargo, en esa situación de tan marcada violencia, la naturaleza, desde el suelo, se sigue imponiendo. Las imágenes punzantes de la pesadilla/recuerdo anuncian el acto que sobrevendrá sobre la prima Eulalia, que caerá víctima de los persecutores; Celia, en cambio, quien narra en primera persona, es quien logrará escapar. A continuación, del arbusto ya no se mencionan las flores sino las espinas, que pasan a ser cristales rotos. El verbo *clavar* se impone como un presagio de la inminente

y violenta penetración física en el cuerpo de la prima: “*Sigo corriendo sin aire, mientras en la mitad del pecho se me clava otro arbusto de cristales rotos.*” (LOJO, 2018, p. 9, subrayado de la autora).

En la pesadilla, cuando aún no se ha hecho consciente en la narradora el episodio como recuerdo del pasado traumático sino que persiste allí en una nebulosa de imágenes que retornan por las noches, las consecuencias de la violación y el sangrado del cuerpo sometido son experimentados por la narradora, como en una especie de propiedad de transición y de comunión con el sufrimiento de Eulalia, su pariente, su misma sangre, su mismo género:

Algo me empapa los muslos, resbala, cálido hasta los tobillos. Solo cuando alcanzo las piedras del muro bajo que rodea la finca me atrevo a tocarme. Detrás de mí, todavía lejanos, se oyen los gritos de los hombres que me cazan. Levanto la mano húmeda, la miro a la luz turbia de la luna, la huelo, la pruebo con la punta de mi lengua seca de terror. Es sangre. Pero no la mía. Es la sangre de mi prima Eulalia. (LOJO, 2018, p. 9, subrayado de la autora)

Celia se siente en falta y con cierto cargo de conciencia por haber podido huir y haberse salvado. Y al contrario de lo que ocurre con su hermana, Isolina, la niña que migra con ella a Argentina tras haber quedado huérfanas, el sueño – o la imposibilidad de atravesarlo sin sobresaltos – las separa. La noche es el temido momento en el cual Celia, que siempre protege y cuida a su hermana, no se podrá apoyar en la compañía familiar:

Ella [Isolina] siempre puede dormir. Pero yo no. Apenas cierre los ojos, aparecerán los sueños que me aterran. *Detrás de mí, todavía lejanos, se oyen los gritos de los hombres que me cazan. [...] Y caeré a pesar de mí, dejando un rastro húmedo y oscuro en la profundidad del bosque.* (LOJO, 2018, p. 18, subrayado de la autora)

Nuevamente la naturaleza se impone como el espacio que la va a frenar y deglutir. Los hombres aparecen como cazadores. No emiten palabras articuladas sino que gritan. El verbo es otra vez elegido y reiterado: los hombres corren detrás de una presa como si la estuvieran cazando. Las jóvenes mujeres son el objetivo de la caza. No hay palabra que pueda volverse efectiva para que sean auxiliadas. El enmudecimiento es parte de esa animalización que las victimiza. Y así como no hay palabras, así como es imposible toda comunicación entre ellos – cazadores y cazadas, victimarios

y víctimas —, tampoco habrá rastros en el cuerpo de Celia, sí en la psiquis dañada, que requerirá un largo despertar:

Yo no llevo una cicatriz sobre la piel. Los pies casi desollados en la huida hacia la finca de Meirelles, las piernas laceradas, curaron pronto. Pero la memoria se abroqueló en una oscuridad venenosa. (LOJO, 2018, p. 100)

Lo único capaz de echar luz sobre esa oscuridad es la palabra. La narración que, si bien no repara, permite comprender los efectos de lo sucedido, poner rostros a las pesadillas y sobre todo compartir el dolor mediante la verbalización, que finalmente consigue concretar en Argentina.

Infancia interrumpida, naturaleza invadida

Sin que se explicita una circunstancia de violencia física tan extrema contra la mujer como en el caso anterior, la niña de *Estuvimos cantando*, de María García Campelo, conlleva la elaboración de otra memoria de desplazamiento forzado, producida también desde Galicia hacia Argentina. La ficcionalización en este texto narrativo no pasa por la invención de personajes que condensen experiencias de mujeres signadas por consecuencias de la Guerra Civil española y la posguerra, como en el caso de *Solo queda saltar*, sino por dar voz a la propia infancia desplazada. Teniendo en cuenta que la etimología del concepto de infancia acarrea la ausencia de la voz, *Estuvimos cantando* se toma revancha por la falta de incidencia en las decisiones que definieron el rumbo de quien narra (y es narrada) en primera persona.

En este texto, la naturaleza vuelve a jugar un rol central, lindante entre el amparo y el acecho del peligro. El título del libro surge de una frase que pronuncia una joven niñera en el momento en el que está cuidando a la protagonista y a una niña amiga. Mientras las tres se encontraban en medio de la naturaleza, disfrutando de un camping y del aire libre, se hace presente Marcial, un guardia civil que espía cualquier signo de libertad y supone un permanente riesgo de denuncia. La libertad es un valor que las niñas encuentran en la naturaleza. Es un escenario para el juego y el desafío amistoso — “Subir a los árboles y desafiarnos a ver quién se anima más alto [...] es bueno. Nos ensuciamos, pero también es bueno.” (GARCÍA CAMPELO, 2015, p. 50).

El margen de acción que se rememora sobre la infancia está supeditado a la mirada de un mayor que tiene la autoridad para reprender y sancionar. La naturaleza entonces resulta contenida y domesticada según las indicaciones de la persona bajo cuyo cuidado se hallan las niñas. Sobre el pasto, se tiende el mantel destinado a sosegar las ansias de moverse y subir a los árboles.

Por las tardes, hagamos lo que hagamos, está presente la niñera, a ella no le gustan algunos juegos; sobre todo, si son de ensuciarse o hay peligro de lastimarnos. La mayoría de las tardes, vamos al río. La niñera lleva en una canasta mantel, servilletas, la merienda y la toalla. Yo llevo merienda, toalla y una muda de ropa para cuando salgo del agua. [...] Jugamos en el agua hasta cansarnos. Buscamos bichos, cazamos mariposas, descubrimos plantas, recogemos flores silvestres. [...] Me encanta salir cansada del río y ver el mantel tendido con todas nuestras cosas, como si fuese en una casa, pero en el suelo, con río de un lado y bosque del otro. (GARCÍA CAMPELO, 2015, p. 50)

En la naturaleza se reconstruye el cosmos del hogar en un microcosmos aislado, teñido de juegos y cierta independencia. Enmarcan el cuadro casi bucólico el río y el bosque. Todo está en su punto justo; pero hay otra mirada de vigilancia que fagocita la anterior, que oprime la mirada amable, ligeramente represiva y, al mismo tiempo, empática de la niñera. La naturaleza susurra anticipando una amenaza inminente que en principio se asocia a la viabilidad de la presencia de un animal salvaje, y el *locus amoenus* se ensombrece.

Sobre nuestras voces escuchamos el ruido que hacen las hojas secas cuando se pisan. Prestamos atención. Silencio puro. Otra vez. Más cerca. Crujen ramitas secas debajo de pisadas. Quietas. Muy quietas. Sin decirnos nada. Solo miradas y respiraciones lentas. Ojos a todas partes. No sé qué piensan Cristina y la niñera. Para mí es un oso. Creo que está cerca. ¿Podría ser un lobo? ¿Vendrá por la comida? Se oyen pisadas. Presiento que ahora salta. ¿Vendrá por nosotras? ¿Vendrá a beber al río? (GARCÍA CAMPELO, 2015, p. 50)

Quien domina esa perspectiva desde fuera de la escena narrativa y se inmiscuye en el ámbito recreativo compartido por la joven y las niñas es Marcial y un séquito de otros guardias civiles, como anticipaba. El nombre, Marcial, un tanto obvio, resalta la intromisión de otro plano, ajeno al *locus amoenus* fabricado por las pequeñas y la niñera. La primera acepción de “marcial” en el diccionario de la Real Academia Española remite al adjetivo

enunciado como “perteneciente o relativo a la guerra, la milicia o los militares” (MARCIAL, 2022). En la reiteración del nombre parece insistirse en el cambio de tono del contexto, que de pequeño paraíso de cercanía pasa a ser un campo minado por el terror que pretenden transmitir quienes se acercan con sigilo: “Es Marcial. Ese guardia civil que se llama Marcial, anda a caballo con otros tres que lo acompañan” (GARCÍA CAMPELO, 2015, p. 51).

Luego de la irrupción de sello bélico propio del andar y del nombre de Marcial, sobreviene un interrogatorio mediante el cual el hombre pretende enterarse de qué estaban haciendo las tres en ese paraje. Las respuestas de la mayor dejan al guardia civil sin argumentos para seguir molestándolas. El “estuvimos cantando” de la niñera, junto con otras respuestas asimismo inocuas, disuade a los hombres de una indagación infructuosa; aunque el mal ya está hecho y la permanencia en la naturaleza ha sido puesta bajo sospecha por la violencia latente y la tranquilidad ya no retorna.

Otra exploración de la naturaleza interrumpida por la intromisión de un adulto se produce cuando la voz de la niña (narradora y protagonista) actualiza un episodio que vive con una amiga algo mayor que ella, que la incita a introducirse una pajita en la vagina, en un iniciático experimento erótico que la protagonista se resiste a realizar. Tiempo después, en su casa, la reprenden por ese episodio que presuntamente no había tenido testigos. Lo extraño para la percepción de la niña es que alguien se haya enterado de lo sucedido, ya que se hallaban junto a una casa vecina deshabitada. Lo que ignora ella en tanto personaje narrado es algo que la voz narradora – que de algún modo es ella misma y que, en el fondo, no lo es, ficcionalización mediante – deja entrever al recomponer el contexto de posguerra: que un tío suyo se oculta en esa casa y que sus familiares lo ayudan a sobrevivir proveyéndole alimento, escondido de la segura represión que puede caer sobre él, debido a su oposición al bando que ganó la guerra. Es él quien la *denunció* a su familia y la expuso a que su madre la reprendiera y le indicara que no tenía que jugar con niñas mayores que ella. La exploración de su naturaleza física, sin embargo, no se produjo, y esa vigilancia desconocida termina saliendo a la luz de manera trágica, cuando un día la niña asiste a relativa distancia a la observación del cuerpo de su tío, asesinado en un intento de salida del refugio.

Naturaleza y desarraigo: geografías de la memoria

En *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*, la configuración de la memoria es plural. Las tres autoras, Marisa González de Oleaga, Carolina Meloni González y Carola Saiegh Dorín, ofrecen miradas pasibles de ser puestas en diálogo pero autónomas en sus registros de desplazamiento forzado, por sus respectivas situaciones familiares frente a la última dictadura cívico-militar argentina. Además, a pesar de la viable complementariedad, hay una voz destacada, la de la impulsora inicial del proyecto, Marisa González de Oleaga. Ella ha sido quien convocó a las otras dos autoras para dar forma a esta propuesta que termina siendo colectiva y aspira a que sirva para que otras infancias desterradas encuentren sus propios canales de expresión. La extensión y la diversidad de los textos, la preeminencia de sus explicaciones en las páginas introductorias (de las que se extrae el fragmento de la contratapa, elocuente síntesis del libro), la teorización sobre la problemática del desplazamiento, que sobrepasa el relato de la experiencia propia, e incluso el posicionamiento físico en la fotografía de la solapa del libro (González de Oleaga sentada, Meloni González y Saiegh Dorín de pie, como acompañando/escoltando) dan cuenta de un protagonismo hasta cierto punto un poco mayor por parte de González de Oleaga, que podría vincularse también, aunque parezca un detalle no tan significativo, con la mayoría de edad y con el encabezamiento de la propuesta y las primeras palabras, que están a su cargo. La cuestión de la edad, no del todo despreciable, tiene su correlato con el hecho de que, entre las tres, González de Oleaga es también quien se ha visto desplazada de Argentina a España en una edad más avanzada, con 15 años, mientras que Meloni González y Saiegh Dorín eran niñas bastante más pequeñas al momento del viaje transatlántico. La capacidad reflexiva, la conciencia de desarraigo y la conflictividad son entonces más explícitos en su caso.

El proyecto de reunir experiencias de exilio de esas infancias *transterradas* – el concepto se basa en el neologismo que José Gaos aplicara al caso del exilio republicano español – surge, como se anticipaba unas líneas más arriba, de la voluntad de Marisa González de Oleaga. En un comienzo, la idea era reunir testimonios de carácter oral; pero la materialidad de la escritura termina dando lugar a un libro *a tres voces*.

Pese a haber hecho referencia a que la voz de González de Oleaga tiene un predominio algo más perceptible, esto no implica una subestimación

de los dos otros encuadres narrativos y, fundamentalmente, de las otras dos autoras, que ofrecen interesantes variaciones del tema y aportan elementos y puntos de vista particulares. Pero para el caso de este artículo, ocurre además que es también en la apuesta literaria de González de Oleaga donde la naturaleza emerge con gran fuerza y ofrece un despliegue literario muy interesante porque, si bien no es una suplantación provisoria de la violencia, sin apuntar directamente a los episodios históricos que condujeron al desplazamiento de Argentina a España, actualiza un fluir caótico de la naturaleza que en gran medida actualiza la imprevisión y lo inesperado de todo cambio radical de ese calibre.

En el apartado que corresponde a la autoría de González de Oleaga, titulado “En tierra de nadie / Todo lo que era mío”, el denominado “Misterio en tres actos” cifra en su segundo acto (“II. Botánica aplicada: Del comportamiento de los claveles del aire”) casi una declaración de principios sobre el sentimiento del desarraigo en la explicación y la identificación con esas plantas. Se apela al uso de la tercera persona, pero es clara la autorreferencia oblicua:

A Laura siempre le habían llamado la atención los claveles del aire, esas plantas, consideradas parásitas, que se prenden a los árboles y a cuanto soporte encuentren en su camino. De vivos colores, las *tillandsias* (su nombre científico) son unas plantas raras que desafían todo lo que creemos saber sobre el reino vegetal. No tienen hojas, ni raíces, no necesitan agua ni tampoco tierra. Parece que se han dotado de unos ganchos para sujetarse a soportes vivos e inertes, ya sean árboles o cables del teléfono y poseen unas escamas con las que atrapan algo de niebla y nutrientes que les permiten vivir. Son originarias de América Central y del Sur, básicamente de la América subtropical, donde son parte del paisaje. (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 25-26)

Más allá de la identificación y la descripción, nada es neutral ni privativo de la especie referida. Casi todas las características podrían extrapolarse a la adolescente que se vio obligada a dejar su tierra de origen. También ella, como los claveles del aire, es originaria de América (y a América, de hecho, volverá la autora, y tendrá en su adultez dos casas, una en un entorno natural en España, otra en Argentina, en pleno Delta del río Paraná). Como los claveles del aire, la entonces adolescente desterrada ha debido dotarse de estrategias de sujeción que le garantizaran algún amarre.

La no posesión de raíces es otro factor común: en un apartado posterior (titulado “Entre paréntesis”), queda claro que las raíces familiares que iban a actuar como círculo de pertenencia en España terminan siendo extrañas y no puede forzarse un reconocimiento. También para el caso se utiliza una metáfora del mundo de las plantas:

Como era de esperar, el *injerto* fracasó y nunca más volví a hablar de la pretendida prótesis de consanguíneos, no los volví a ver y no los extrañé porque no se puede echar de menos lo que nunca se tuvo. (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 30, el subrayado es nuestro)

Lo protésico de esa familia de sangre radica en que no se compartió nada en esos primeros 15 años de vida. Con el único ser con el cual se da algún tipo de empatía es justamente con un familiar que se había trasladado a *hacer la América* a Cuba, había regresado a España y tenía voluntad de retornar a la isla pero no pudo hacerlo debido a la Guerra Civil, y después ya quedó siempre como un poco fuera de lugar, sin un genuino arraigo en la familia. Es por eso que la adolescente *transterrada* se identifica con él. Volviendo a los claveles del aire, la autora patentiza en tercera persona la alusión a esta supuesta “Laura” que, como *alter ego* suyo, forja un devenir de destierro, búsqueda de algún anclaje, sensación de nomadismo y permanente desarraigo en paralelo con tales plantas:

Pasaron muchos años hasta que esa fascinación por estas plantas desarraigadas, nómadas y fugitivas se le reveló como una anticipación, una coincidencia o la premonición de su propio destino. Desterrada a los quince años, a esa edad en la que los humanos poseen un sentido trágico de la vida, nunca consiguió arraigar en otro lugar, en otro espacio o en otro paisaje. Lo intentó denodadamente, perdió el acento, adoptó uno nuevo, e hizo todos los esfuerzos posibles por olvidarse de quién había sido y sobre todo por no recordar lo que había perdido. Pero todo fue inútil. (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 26)

Dicha pérdida irreparable, sin ser la amenaza de una violencia de Estado que vaya a concretarse contra su persona ni contra su familia, imprime igual un sufrimiento persistente. Sus búsquedas, aunque infructuosas, perseveran, como los intentos de los claveles del aire por aferrarse efímeramente. En ese sentido está también la decisión de la autora/narradora/testimoniante de tener dos casas (una en España, donde trabaja; la otra en

Argentina, en un terreno que multiplica el desplazamiento imprevisto, el delta, y donde es apodada por los vecinos isleños como “la escritora”) y pasar una parte del año en cada una de ellas.

La sensación de imposibilidad de regreso la lleva a estar, como explicita el título de otro de los apartados de sus relatos “Suspendida del horizonte”, y en esa suspensión el espacio adquiere enorme protagonismo. En los espacios naturales hay algún tipo de elección que puede hacerse sobre la base de señas de identidad que garantizan una (muy relativa) estabilidad:

[L]os paisajes, esos espacios donde se cruzan la historia y la geología, la memoria y las rocas. Me pregunto qué diría cada uno de nosotros si tuviéramos que elegir un paisaje básico, ese al que adherimos en la infancia, ese mismo que fue modelando nuestro carácter, al que ofrecimos resistencia, con el que fuimos creciendo. Un paisaje impuro, que como en las *matrioshkas* rusas, contiene otros, heredados, hibridados, cruzados y, sobre todo, intuitivos e imaginados... (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 77-78)

Esa pregunta retórica de algún modo se la responde la narradora cuando focaliza el relato en el Delta, con mayúsculas, no cualquier delta, no cualquier “terreno comprendido entre los brazos de un río en su desembocadura”, como señala el diccionario de la RAE, sino *su* Delta, el del río Paraná, recordado por vacaciones de la infancia en las que se sintió atraída por ese paisaje, donde, al igual que en el destino del desplazamiento, no es factible prever cada movimiento próximo. A pesar de que no se haya podido elegir ante la decisión fundamental y ajena de cruzar el Atlántico y tener que dejar todo un mundo conocido, la adultez da la tregua de algún tipo de elección en la construcción de sitios de referencia, y lo que se escoge es semejante al desafío que se ha debido atravesar:

Una tierra desafiante que a treinta centímetros es agua y un agua engañosa que esconde bancos de arena donde encallan los barcos y las ilusiones.

Nada es lo que parece y lo que parece se desdibuja en un abrir y cerrar de ojos. En cuestión de segundos la correntada se para en seco como obedeciendo el mandato de alguna voz secreta y todo lo que flota sobre la superficie marrón del río queda congelado, a la espera de la siguiente orden [...]. Cuando esta llega, vaya a saber de dónde, [...] todo lo que discurre por encima del río, toda esa masa vegetal

y animal que se desplaza sin conciencia por la piel de este mundo se deja arrastrar con premura y sin pausa, en sentido contrario al que circulaba minutos antes. (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 78-79)

Los lugares de memoria se yerguen sobre la violencia que operó como piedra de toque del desplazamiento. La identidad, también desplazada, vuelve – en parte – a encontrarse en los intentos de regreso, que son pasajeros, y de los cuales la narradora es también una pasajera siempre en tránsito:

Somos también lo que el espacio ha hecho de nosotros. Somos nuestra relación con esos lugares de infancia, con sus accidentes geográficos y sus figuras geométricas. Pero ¿qué se pierde cuando esa geografía básica queda atrás, alojada en un territorio material y simbólico al que no se puede volver? [...] Es como quedar suspendida en la línea del horizonte. Otra manera de llamar al desarraigo... (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 86)

Más allá de lo provisional, la naturaleza parece ser lo único capaz de albergar algún tipo de retorno:

Las marcas de una orografía original, de esos accidentes, que, como el propio nacimiento, organizan una forma de ser y de estar en el mundo. ¿Qué se pierde cuando la montaña, el delta, las selvas o las llanuras se convierten en un vago y atenazado recuerdo?, ¿qué dejamos atrás cuando otras geografías físicas suplantán a esa que ha dejado su impronta en nosotros? (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 83)

Y así como ocurre con el Delta, la narración se enfoca en espacios no considerados nodales para el turismo en sus vertientes de más atractivo comercial. Concretamente se elige la segunda sección del Delta bonaerense, el Chaco paraguayo y Montevideo. Una vez más, se produce un reconocimiento en la no centralidad: “El Delta, el Chaco, Montevideo. Lugares marginados de los distintos centros” (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 95). El Delta del río Paraná

[e]s y no es. Se mueve entre dos mundos. Conecta, como los pasillos de mi infancia, la selva tropical con la pampa húmeda y templada. Un paisaje de transición, un territorio de paso. Y la mirada atenta puede encontrar rasgos de los dos ecosistemas, a veces separados como pinceladas nítidas en una tela impresionista. Otras, hibridados... (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 95-96)

Es la escritura literaria la que da cabida a una elaboración de la memoria que tiende puentes que en gran medida superan las fuentes de la violencia que empujaron a ese desacomodamiento fundante de la marcha forzosa a otro sitio. La naturaleza de esos espacios que representan la volatilidad de cualquier tipo de arraigo forja un aprendizaje de la no pertenencia. La naturaleza acompaña la maduración que implica asumir el cambio y, ¿por qué no?, también resignarse a él:

Pasajes, pasadizos, pasillos, corredores que nos permiten transitar de un lugar a otro. El Delta, el Chaco, Montevideo. Sin garantía de permanencia no hay nada definitivo en su naturaleza. Son puro cambio, sin certezas. (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 97)

Conclusión: el desplazamiento como muerte, el testimonio como supervivencia

En el punto culminante de su literaturización, que es a la vez, como venimos viendo, una consciente e informada teorización sobre el desarraigo, Marisa González de Oleaga empareja el desplazamiento con una forma de muerte. Esta sentencia, que puede parecer en principio un tanto hiperbólica, viene a cuento para ilustrar de forma conclusiva los alcances de la elaboración del pasado traumático por medio de la palabra, y muy especialmente a través de la perdurabilidad de la narración escrita. La condena de un extrañamiento, el sentirse fuera de lugar que subyace a las experiencias de las mujeres narradas en y por los textos literarios en los que se centró este trabajo, alberga la posibilidad de ensayar una suerte de suplantación de la vida arrebatada, como conjuro del olvido y el silencio.

Es esa condición excéntrica, esa cualidad de zona de paso, esa lejanía espacial y, sobre todo, temporal – incrustada en la mirada de sus habitantes – lo que hace posible, en estos lugares, el recuento de lo perdido. Para los desplazados esa es una contabilidad vital. Los desplazados somos testigos de la muerte propia, pero gracias a ese testimonio sabemos que todavía estamos vivos. (GONZÁLEZ DE OLEAGA, 2019, p. 97)

La provocación de presunta incongruencia al interponer el concepto de *contabilidad*, cuando lo que se cuenta, en realidad, son esas vidas

sometidas a los avatares de huidas en las que se buscaba el alejamiento de la violencia, es parte de un lenguaje alimentado por la continua fricción entre el trauma y las búsquedas vitales.

Referencias

GARCÍA CAMPELO, María. *Estuvimos cantando*. Buenos Aires: Zona borde, 2015.

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa. En tierra de nadie / todo lo que era mío. In: GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa; MELONI GONZÁLEZ, Carolina; SAIEGH DORÍN, Carola. *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*. Temperley: Tren en movimiento, 2019. p. 21-97.

LOJO, María Rosa. *Solo queda saltar*. Buenos Aires: Santillana, 2018.

LUNAALMEIDA, Rodolfo. *Marinka, una rusa niña vasca*. Buenos Aires: Planeta, 2017.

MARCIAL. In: REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*. versión 23.6. Madrid: Real Academia Española, c2022. Disponible en: <https://dle.rae.es/marcial?m=form>. Consultado en: 25 jul. 2022.

ORTUÑO MARTÍNEZ, Bárbara. La infancia transplantada: construcciones identitarias de las mujeres españolas exiliadas y emigradas en Argentina. In: CABALLERO RODRÍGUEZ, Beatriz; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Laura (ed.). *Exilio e identidad en el mundo hispánico: representaciones y reflexiones*. Tim Bowron (ed. asist.). Alicante: Biblioteca Virtual Cervantes, 2012. p. 346-372. Disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/exilio-e-identidad-en-el-mundo-hispanico-reflexiones-y-representaciones/>. Consultado en: 21 jul. 2022.

ORTUÑO MARTÍNEZ, Bárbara. Redefiniendo categorías. Emigrantes y exiliados en los flujos de posguerra desde España hacia Argentina (1946–1956). *Signos Históricos*, Ciudad de México, v. XVIII, n. 35, p. 66-101, 2016. Disponible en: <https://signoshistoricos.izt.uam.mx/index.php/historicos/article/view/478>. Consultado en: 25 jul. 2022.